

tar y traducir e instigar. Por tirar de la lengua y persuadir y tergiversar». No creo necesario destacar de nuevo la progresión de los conceptos engarzados y el quiebro último que alcanzan, ni tampoco es posible proseguir de este modo el comentario de la novela (apenas me he referido a las primeras doce páginas reales de la misma), pero sí me interesa destacar este arranque y señalar cómo se van engarzando y ampliando los varios elementos de un relato que habla de secretos y traiciones, del hablar y el callar, del recuerdo y el olvido, de verdades y mentiras, de confianzas y desconfianzas...

Quien así nos cuenta es un Jacobo Deza (o Jack, Jacques, Jaime, James, Diego o Yago; y la variabilidad del nombre de pila, en él y en otros personajes, así como el misterio y la incertidumbre del pasado de otros juegan un importante papel al servicio del tema central de la novela), narrador y testigo que, desde un presente incierto (no sabemos hasta dónde avanza el fluir del tiempo), nos hablará de ese otro tramo de su vida transcurrido en un pasado más o menos próximo y que se bifurca a su vez en dos momentos: uno, muy breve, cuando acude a una cena fría ofrecida por su antiguo colega y amigo Peter Wheeler en su casa de Oxford, episodio que transcurre a lo largo de la tarde-noche de un sábado y continúa durante la mañana del domingo tras una larga noche de introspección y búsqueda y episodio en el que vuelven a brillar las hábiles dotes de Marías para el retrato sarcástico de los más hilarantes y ridículos tipos que deambulan por los círculos sociales y culturales, episodio ruidoso y bullicioso, ágil, hilarante, pero en absoluto gratuito puesto que supone una especie de prueba o rito de paso para un Deza al que, ya a solas con Wheeler, en una larga conversación, se le propone incorporarse como «informante» a un grupo de espías —el MI6 del servicio exterior británico— cuyos orígenes se remontan a los años de la Segunda Guerra Mundial y grupo del que en su día formaron parte Wheeler y Rylands, ambos activistas destacados en nuestra Guerra Civil. De modo que esta actividad de informante que desempeñará Deza conforma el núcleo de ese tramo de su vida que evoca o recuerda.

Van abriéndose así paso en el relato una serie de círculos o unidades narrativas que desvelan episodios históricos de enorme interés, como la campaña gubernamental británica del *careless talk*, en que se advertía a la gente de los riesgos y peligros de las conversaciones imprudentes y descuidadas, instándolos a no hablar porque sí, a callar —«se nos enemistó con lo que más nos define y más nos une: hablar, contar, decirse, comentar, murmurar...», explica y denuncia Wheeler—, campaña ampliamente documentada en esta novela en que Marías glosa su sorprendente cartelismo, que también se incluye en el libro, según el modo empleado por el autor en

sus *Miramientos* o en algunas de las fotos e ilustraciones de *Negra espalda del tiempo*. O bien, más conocido entre nosotros, el episodio que relata el secuestro, la tortura y el asesinato del dirigente trostkista del POUM Andreu Nin. A estas instancias de un pasado no tan ajeno al narrador, dado que la historia de la delación del padre de Deza enlaza con todas ellas, se les va agregando, en una sabia fusión y sucesión de planos temporales que no responden a un orden cronológico sino analógico o asociativo (quizás porque, como le advierte el padre a Deza, «en el conjunto de una vida lo cronológico va perdiendo importancia, no se distingue tanto lo que vino antes de lo que vino luego, ni los actos de sus consecuencias, ni las decisiones de lo que desencadenan») la relación de la actividad del narrador como espía, oyente e informante (y que a su vez en su momento fue espionado e informado por otro) o del hombre que observa sin ser visto y que aplica una mente racional y unos ojos, tan atrevidos como diestros en el mirar, a urdir un sentido para aquello que aún no es, dado que el objetivo del grupo era y sigue siendo buscar reflejos, huellas lejanas de lo que las gentes «entrevistadas» serán: «conocer hoy sus rostros mañana», el fondo de las personas, lo esencial de ellas, «averiguar de qué serían capaces los individuos con independencia de sus circunstancias». Los miembros del grupo eran algo así como intérpretes de personas, traductores de vidas, anticipadores de historias.

La narración de estos hechos se funde con el análisis y la reflexión crítica de dicha actividad, atendiendo tanto a la dimensión moral de la misma como a la proyección en el tiempo, lo cual obliga a hacer balance, a sopesar y juzgar y, sobre todo, a establecer un contrapunto temporal del que deriva una ácida crítica del presente, a menudo puesta en labios de Wheeler, que denuncia la ceguera contemporánea —«Nadie quiere ver nada de lo que hay que ver [...] Nadie quiere saber»—, una educación encaminada a formar pusilánimes o «satisfechos incipientes», el rencor que hacia el pasado siente la época actual, la renuncia a saber con certeza, u otros asuntos. De modo que en la novela hay a la vez una indagación crítica sobre el presente y a través de ella se cuestionan desde ciertos hábitos o convicciones colectivas hasta, por ejemplo, las «medidas inquisitoriales» implantadas por «esos mediocres que nos gobiernan con espíritu tan totalitario y a los que la matanza de las Torres Gemelas está dando poco menos que carta blanca».

Una extensa parte de *Tu rostro mañana* (todo lo referido a la actividad del grupo, pasada y presente, así como otros pequeños episodios portadores de enigmas aún irresueltos: una gruesa gota de sangre descubierta por Deza en el primer tramo de la escalera de la biblioteca de Wheeler, el paseo

nocturno de una joven con botas altas que acaba llamando a la puerta del apartamento del narrador diciendo «Jaime, soy yo»...) es narrada con las técnicas propias del relato policial, también aplicadas a la personal indagación que lleva a cabo Deza cuando se queda a pernoctar en casa de Wheeler y se lanza *à la recherche* del pasado de Nin, Toby Rylands, Ian Fleming o Peter Wheeler, en densas horas en que sólo los libros hablaban en mitad de la noche.

Tanto esta casi clandestina indagación –resuelta en un soberbio ejercicio de espionaje libresco– como la tarea de informante o traductor de vidas que desempeña Deza, arrastran una serie de referencias metaficcionales, que van bastante más allá de la simple (y hasta cierto punto manida) analogía novelista –*voyeur*, entre otras cosas porque en la tarea que se le encomienda a Deza hay un componente activo, ausente en el mero *voyeur* pero decisiva en un narrador:

consistía –nos informa éste– en escuchar y fijarme e interpretar y contar, en descifrar conductas, aptitudes, caracteres y escrúpulos, desaparegos y convicciones, el egoísmo, ambiciones, incondicionalidades, flaquezas, fuerzas, veracidades y repugnancias; indecisiones. Interpretaba –en tres palabras– historias, personas, vidas. Historias por suceder, frecuentemente [...] vidas incógnitas o por ser vividas.

Reencontramos, por consiguiente, nuevas notas o variaciones del discurso metaficcional tan frecuente en las novelas de Marías y que también se somete al comentado contrapunto temporal, lo cual da pie a una fina meditación sobre el arte de contar en relación con las épocas históricas porque «todo tiene su tiempo para ser creído», se afirma en la página 248 y se reitera, amplificadamente, ya casi al final de este primer volumen: «hasta lo más inverosímil y lo más anodino, lo más increíble y lo más necio».

El narrador-espía o un Jacobo Deza que mira para ver y contar: un traductor de vidas o anticipador de historias porque *Tu rostro mañana* versa sobre el tiempo y sus contenidos, tema que el narrador persigue incansable por todos los meandros imaginables, divagando infatigable, acumulando precisiones y testimonios, recordando, exprimiendo argumentos. No hay arbitrariedad compositiva en esta novela de tan astillado discurso, quebrantada de continuo la línea cronológica o anecdótica, repleta de rodeos y desvíos, de digresiones o pausas reflexivas, de incisos y encadenamientos, de motivos recurrentes y sus variaciones, de reminiscencias o adivinaciones, que siempre se resuelven narrativamente, a partir de un hecho, un gesto, unas palabras, una imagen cuyo sentido se persigue hasta el final

porque «una cosa es el tiempo y otra su contenido, nunca repetitivo, variable infinitamente, mientras que el tiempo es homogéneo, y no se altera»⁸. Así, por ejemplo, la actual situación familiar de Deza le lleva a pensarse como hombre no sólo separado de un espacio (su antiguo hogar) y una vidas (sus hijos, Luisa) sino también como ser separado del tiempo que avanza; un mínimo incidente, un ligero achaque de ese «falso» anciano que es Wheeler genera una reflexión sobre la presciencia y el tiempo de la vejez; el incontrolable impulso de ponerse a limpiar la mancha de sangre descubierta en el suelo y la comprobación de la persistencia del cerco, de la delgada línea de la circunferencia que parece negarse a desaparecer, aparte de otras reflexiones y recuerdos (más círculos ahondando en la conciencia), le lleva a decirse: «tal vez es una forma de agarrarse al presente, una resistencia a desaparecer que también oponen los objetos y lo inanimado, no las personas tan sólo, tal vez es la tentativa de dejar su huella de las cosas todas, de hacer más difícil su negación o su difuminación o su olvido...». Y así también lo antes apuntado y cifrado en fórmulas como «conocer hoy sus rostros mañana» o «todo tiene su tiempo para ser creído», etc. e igualmente el entronque con temas aparecidos en otras novelas (el del engaño, en *Mañana en la batalla...*, el de la responsabilidad de estar enterato, que Marías trató en *Corazón tan blanco*, por no hablar de *Negra espaldada del tiempo*, tan próxima a *Tu rostro mañana*, aunque no lo parezca).

Si me esfuerzo, recuerdo todo lo que aún no sé de esta historia (lo de la mancha de sangre, las circunstancias de algunas muertes, la identidad de la mujer que llama y habla al final de este primer volumen) y sin duda espero lo por venir (¿el sueño?). Pero no me impacienta especialmente. Es mucho lo contado hasta el momento, en una prosa cuyas virtudes han sido hace ya tiempo cifradas por lectores más autorizados que yo, que sé que habré de volver a unas páginas tan iluminadoras e insólitas en nuestro actual panorama narrativo (también criticada en la novela la abundancia de tanta zafiedad y malsana fascinación por «el mal» que lo caracteriza). Porque, si, como afirma el narrador, «lo más arduo de las ficciones no es crearlas, sino que duren, porque tienden a caerse solas», no tengo duda de que *Tu rostro mañana* permanecerá. Incluso aunque no concluya.

⁸ Tema central, como apunté, en *El monarca del tiempo*, donde en el ensayo central, «Fragmento y enigma y espantoso azar», Marías afirma: que «no es lo mismo el tiempo que el contenido del tiempo: el tiempo parece poderse dividir, pero lo que establece y posibilita su división no es otra cosa que su propio contenido, hasta el extremo de que quizá habría que preguntarse si lo dividido de hecho es el tiempo mismo o más bien su contenido...»